

# JACK HIGGINS

## LA HIJA DEL PRESIDENTE



Vietnam, 1969. Jake Cazalet, oficial del ejército americano, salva la vida a una hermosa mujer francesa. Ésta, convencida de la muerte de su marido, disfruta de una noche de pasión con Cazalet, pero su idilio termina de inmediato cuando su esposo es hallado con vida.

Estados Unidos, 1997. La mujer francesa ha fallecido, Jake Cazalet se ha convertido en presidente de Estados Unidos y su hija (el resultado de esa noche de pasión) tiene ya veintiocho años. Jake había mantenido oculta la existencia de Marie, su hija ilegítima, pero un grupo de extremistas israelíes ha descubierto su secreto, ha secuestrado a la chica y amenaza con matarla si el presidente no cumple sus exigencias: el bombardeo de varios países árabes. Tiene diez días para decidirse. Sean Dillon, antiguo miembro del IRA, y Blake Johnson, agente del FBI, cuentan con el mismo plazo de tiempo para encontrar a Marie. Si no lo consiguen, el presidente deberá elegir entre apretar el botón o permitir que los terroristas asesinen a su hija.

*En memoria de mi querido amigo  
George Coleman, con cariño*

*Hay más verdad en una espada que en diez mil palabras.*

*El Corán*

# Capítulo 1

Vietnam  
1969

Jake Cazalet tenía veintiséis años cuando se produjo el incidente que tan profundo efecto tendría sobre el resto de su vida.

Su familia pertenecía a la élite más rancia y respetada de la sociedad de Boston. Su madre era inmensamente rica; su padre, un abogado de éxito y senador, lo cual significaba que la ley parecía ser el camino natural para el joven Jake. Iría a Harvard y disfrutaría de una vida de privilegios y, como estudiante universitario, le resultaría posible eludir el reclutamiento. Vietnam parecía muy lejos.

Y a Jake las cosas le fueron bien. Fue un estudiante destacado que consiguió excelentes calificaciones y pasó con enorme éxito a la Facultad de Derecho de Harvard. Todos le predecían un brillante futuro, pero cuando comenzaba a preparar su doctorado, algo extraño sucedió.

Las imágenes de Vietnam que veía todas las noches, la forma en que la televisión cubría aquella guerra brutal llevaba algún tiempo llenándolo de inquietud. A veces le parecían visiones del infierno, y un cambio radical se produjo en su interior al comparar su cómoda existencia con las condiciones de vida que parecían imperar en Vietnam. Irónicamente, él entendía bastante bien el vietnamita, pues había vivido en Vietnam cuando tenía trece años, ya que su

padre estuvo un año destinado a la embajada norteamericana de aquel país asiático.

El incidente se produjo en la cafetería de la universidad. Los estudiantes guardaban cola para el almuerzo. Había muchas caras nuevas, entre ellas la de un muchacho de no más de veinte años, vestido como todo el mundo con camiseta blanca y vaqueros, y con libros debajo de un brazo. La diferencia radicaba en que en el lugar donde antes estuvo su brazo derecho, ahora sólo había un pequeño muñón. La mayoría de los muchachos hizo caso omiso de él pero un tipo, un fornido bravucón apellidado Kimberley, se volvió a mirarlo.

—Oye, ¿cómo te llamas?

—Teddy Grant.

—¿Eso lo perdiste en Vietnam?

—Pues sí.

—Te está bien empleado —dijo Kimberley dándole unos cachetes en la cara—. ¿A cuántos niños destripaste?

El dolor que reflejó el rostro de Grant impresionó a Cazalet, que apartó a Kimberley de Grant.

—Este hombre sirvió a su país. ¿Qué has hecho tú?

—¿Y tú, niño rico? —preguntó despectivamente Kimberley—. A ti tampoco te veo vestido de soldado. —Se volvió hacia Grant y volvió a darle unos cachetes—. En cuanto me veas aparecer, te apartas.

El único deporte que practicaba Jake Cazalet era el boxeo, y pertenecía al equipo universitario. Kimberley debía de pesar diez kilos más que él, pero eso no importaba. Impulsado por la indignación y la vergüenza, golpeó a Kimberley en el estómago, con lo que le hizo doblarse sobre sí mismo. El club de boxeo al que Jake acudía en Boston estaba dirigido por un viejo inglés llamado Wally Short.

—Si alguna vez te metes en una auténtica pelea, usa la cabeza —le había dicho Short—. No tienes más que darle a tu contrincante un golpe seco y fuerte en la frente con la cabeza.

Que fue exactamente lo que Cazalet hizo cuando Kimberley trató de echársele encima. El gran hombretón cayó sobre una mesa y rodó por el suelo. A continuación se produjo un gran alboroto, las chicas gritaron y los agentes de seguridad y los asistentes sanitarios no tardaron en hacer su aparición.

Cazalet se sintió bien, mucho mejor de lo que se había sentido en años. Cuando se volvió hacia Grant, éste le dijo:

—Has hecho el tonto. Ni siquiera me conoces.

—Sí, claro que te conozco —dijo Cazalet.

Más tarde, en el despacho del decano, Jake permaneció en pie frente al escritorio y escuchó el sermón.

—Me han contado lo ocurrido —dijo el decano—, y parece que Kimberley se pasó de la raya. Sin embargo, no puedo permitir la violencia en el campus. Debo suspender-te por un mes.

—Gracias, señor, pero voy a ponerle las cosas fáciles. Dejo la universidad.

El decano se quedó auténticamente atónito.

—¿Que dejas la universidad? Pero... ¿por qué? ¿Qué va a decir tu padre? Quiero decir, ¿qué piensas hacer?

—Voy a ir a la oficina de reclutamiento que hay en el centro y me alistaré en el Ejército.

El decano parecía desolado.

—Jake, piénsalo bien, te lo ruego.

—Adiós, señor —dijo Jake Cazalet, y salió del despacho.

Así que allí estaba, dieciocho meses más tarde, convertido en teniente de las fuerzas especiales, a las que había accedido a través del cuerpo de paracaidistas merced a sus conocimientos del vietnamita. Se encontraba a mitad de su segundo año de servicio. Lo habían condecorado y herido dos veces, y se sentía como si tuviera mil años.

El helicóptero de evacuación médica volaba sobre el delta a trescientos metros de altura. Cazalet había pedido que lo llevaran porque el aparato se dirigía a un campo fortificado situado en Katum, donde lo necesitaban para interrogar a un oficial de alta graduación del ejército regular vietnamita.

Cazalet medía algo menos de metro setenta, tenía el pelo rojizo, los ojos pardos y la nariz rota. Esto último era un recuerdo de sus días de pugilista. Pese al bronceado, la cicatriz que dejó en su mejilla izquierda una bayoneta era blanca. Diez años más tarde, aquella cicatriz se convertiría en su rasgo distintivo.

Sentado allí en la cabina del helicóptero, con uniforme de camuflaje, remangado y con la boina de las fuerzas especiales echada hacia adelante, su aspecto era el de aquello en lo que la guerra lo había convertido: un hombre enormemente peligroso. Harvey, el joven que hacía a un tiempo de asistente sanitario y de artillero aéreo, y Hedley, el negro jefe de la tripulación, miraban con ojos aprobadores a su pasajero.

—Según dicen, ha estado en todas partes —susurró Hedley—. Los paracaidistas, los Rangers aerotransportados y ahora las fuerzas especiales. Su viejo es senador.

—Pues vaya por Dios —dijo Harvey—. ¿Y qué se le regala al hombre que lo tiene todo? —Se volvió para arrojar su cigarrillo por la puerta y se irguió—. Oye, ¿qué pasa ahí abajo?

Hedley miró hacia fuera y empuñó la ametralladora pesada.

—En River City hay problemas, teniente.

Cazalet se colocó junto a él. Abajo había arrozales y campos de juncos que se extendían hasta perderse de vista. Una carreta bloqueaba la carretera que cruzaba el área y un destartalado autobús local se había detenido, incapaz de continuar.

Harvey miró por encima del hombro.



—Mire, señor, en el Ritz se está celebrando otra fiesta de pijamas.

Allí abajo había no menos de veinte soldados del Vietcong, con sus sombreros de paja cónicos y sus pijamas negros. Un hombre se bajó del autobús, sonó el característico estampido de un AK47 y el hombre se derrumbó. Aparecieron dos o tres mujeres y echaron a correr gritando. El fuego de fusilería las abatió.

Cazalet se acercó al piloto y se inclinó sobre él.

—Desciende. Saltaré, a ver qué puedo hacer.

—Estás loco —dijo el piloto.

—Tú haz lo que te digo. Bajas, me dejas en tierra y luego te largas de aquí y avisas a la caballería, como haría el bueno de John Wayne.

Se volvió, cogió un M16 y una bolsa con cargadores y se los colgó del cuello. Se enganchó al cinturón media docena de granadas y metió varias bengalas de señales en los bolsillos de su guerrera de camuflaje. Descendían con rapidez y el Vietcong disparaba contra ellos. La ametralladora pesada de Hedley devolvía el fuego.

Hedley se volvió hacia Cazalet sonriendo.

—¿Qué te pasa? ¿Tienes ganas de morir o algo así?

—Algo así —dijo Cazalet.

En cuanto el helicóptero llegó a menos de dos metros del suelo, saltó a tierra. Se oyó una voz:

—Espérame.

Al volverse, Cazalet vio que Harvey lo seguía con el ma-cuto médico colgado de un hombro.

—Estás loco —dijo Cazalet.

—Todos lo estamos —replicó Harvey.

Echaron a correr por el arrozal en dirección a la carretera. El helicóptero se elevó y dio media vuelta.

Se veían más cadáveres y el autobús estaba recibiendo un nutrido fuego de fusiles. Las ventanillas estaban hechas pedazos y se oían gritos en el interior del vehículo. Varias mujeres saltaron a tierra; dos de ellas echaron a correr en

dirección a los juncos. En la carretera aparecieron tres hombres del Vietcong con los fusiles listos para disparar.

Cazalet alzó su M16 y disparó varias ráfagas cortas que abatieron a dos de los hombres. Se produjo un breve silencio. Harvey se arrodilló junto a una de las mujeres y le buscó el pulso.

—Esta ya no lo cuenta —dijo volviéndose hacia Cazalet. De pronto, abrió mucho los ojos—: ¡A tu espalda!

En ese momento, una bala alcanzó a Harvey en el corazón haciéndolo caer de espaldas. Cazalet giró sobre sí mismo y disparó desde la cadera contra los dos del Vietcong que habían aparecido en la carretera, a su espalda. Alcanzó a uno y el otro fue a refugiarse entre los juncos. Después de eso reinó el silencio.

En el autobús quedaban cinco personas con vida, tres mujeres vietnamitas, un viejo que viajaba hacia la aldea más próxima y una bonita joven de cabello oscuro que parecía muy asustada. Llevaba pantalones y una camisa caqui que estaba manchada de sangre ajena.

Hacía unos momentos, la mujer había estado hablando en francés con el viejo, y ahora éste se volvió hacia ella. En aquel momento una única bala alcanzó el depósito del autobús. Comenzaron a brotar llamas.

—No podemos seguir aquí, debemos ocultarnos entre los juncos —dijo el viejo.

Repitió lo mismo en vietnamita a las otras dos mujeres y ellas le contestaron algo a gritos. Él se encogió de hombros y le dijo a la joven:

—Están asustadas. Venga conmigo.

La joven reaccionó instantáneamente a las palabras de urgencia del viejo. Saltó tras él por la portezuela, cayó en cuclillas y comenzó a moverse. Un proyectil alcanzó al viejo en la espalda y ella, tratando de salvar la vida, echó a correr

cuesta abajo y fue a esconderse entre los juncos. Cazalet, que se encontraba oculto un poco más abajo, la vio.

Ella avanzaba trabajosamente por el agua y el barro apartando los juncos con los brazos. Llegó a una oscura charca y vio que más allá de ésta había dos hombres del Vietcong con los AK listos para disparar. Se encontraba a menos de quince metros de ellos y le fue posible distinguir las facciones de aquellos jóvenes rostros; eran poco más que chiquillos.

Alzaron las armas y la joven se dispuso a morir. En aquel momento sonó un terrible grito y Cazalet salió de entre los juncos disparando desde la cadera. Ambos soldados cayeron al agua acribillados.

Unas voces sonaron en las proximidades y Cazalet ordenó:

—No diga nada.

Volvió a meterse entre los juncos y ella lo siguió. Tras recorrer unos cientos de metros, Cazalet dijo:

—Aquí estaremos bien.

Se encontraban al borde de los arrozales, protegidos aún por los juncos. Un pequeño montículo se alzaba por encima del agua. Cazalet la obligó a acuclillarse junto a él.

—Está usted empapada en sangre. ¿Dónde la hirieron?

—La sangre no es mía. Traté de ayudar a la mujer que se sentaba junto a mí.

—Usted es francesa.

—Exacto. Me llamo Jacqueline de Brissac.

—Yo soy Jake Cazalet y me gustaría decir que es un placer conocerla —dijo él en francés.

—Excelente —dijo Jacqueline—. Usted no aprendió a hablar así en el colegio.

—No. A los dieciséis años pasé un año en París. Mi padre trabajaba en la embajada. —Sonrió—. Todos los idiomas que conozco los aprendí del mismo modo. Mi padre no dejaba de ir de un lado a otro.

La joven tenía el rostro manchado de barro y el cabello enmarañado; trató de alisárselo.

—Debo de estar hecha un adefesio —dijo con una sonrisa.

Jake Cazalet se enamoró instantánea y gloriosamente de ella. ¿Cómo lo llamaban los franceses? ¿El trueno? Era exactamente como le habían contado. Igualito a como lo describían los poetas.

—¿Vamos a morir? —preguntó la joven, escuchando las voces que sonaban próximas.

—No. El helicóptero de evacuación médica en el que yo me dirigía a Katum ha ido a avisar a la caballería. Si no nos dejamos ver, tal vez vivamos para contarlo.

—Qué cosa tan extraña. Acabo de estar en Katum.

—Dios bendito, ¿y qué hacía allí? Ésa es la zona de guerra.

Tras un momento de silencio, ella respondió:

—Buscaba a mi marido.

Cazalet sintió un enorme vacío en el estómago y tragó saliva.

—¿Su marido?

—Sí. El capitán Jean de Brissac, de la legión extranjera francesa. Hace tres meses se encontraba en la zona de Katum con un grupo de veinte investigadores de las Naciones Unidas.

Qué sensación tan extraña. Pena, simpatía... ¿No sería también alivio?

—Creo que algo de eso oí —dijo lentamente—. ¿No resultaron todos...?

—Sí —murmuró ella—. Fueron víctimas de un ataque. El Vietcong utilizó granadas de mano. Los cadáveres quedaron irreconocibles, pero encontré la guerrera de mi esposo manchada de sangre y sus documentos. No cabe duda de que era él.

—Entonces, ¿qué hace usted aquí?

—Digamos que vine en peregrinación. Además, tenía que estar segura.

—Me sorprende que le permitieran venir. Ella, con una leve sonrisa, respondió:

—Bueno, mi familia tiene mucha influencia política. Mi esposo era el conde de Brissac. Pertenecía a una vieja familia de militares. Con muchos contactos en Washington. Con muchos contactos en todas partes.

—O sea que es usted condesa.

—Me temo que sí.

Él sonrió.

—Bueno, si a usted no le importa, a mí tampoco.

Ella iba a decir algo, pero en aquel momento sonaron en las cercanías las voces de varios del Vietcong hablando entre ellos. Cazalet gritó algo en vietnamita. Alarmada, Jacqueline quiso saber:

—¿Por qué ha hecho usted eso?

—Nos están buscando entre los juncos. Les he dicho que por aquí no había ni rastro de nosotros.

—Muy listo.

—No me dé las gracias a mí. Déselas a mi padre por el año que pasó en la embajada de Saigón.

—¿Allí también estuvo? —preguntó ella incapaz de contener una sonrisa.

—Sí, allí también.

Jacqueline movió la cabeza.

—Es usted un hombre sorprendente, teniente Cazalet. —Hizo una pausa—. Supongo que si salimos de aquí con vida, estaré en deuda con usted. ¿Querrá cenar conmigo?

Con una sonrisa, Jake replicó:

—Será un placer, condesa.

Se oyó un lejano rumor de rotores y no tardaron en ser visibles varios helicópteros de combate Huey Cobra. Cazalet sacó del bolsillo dos bengalas, una roja y otra verde, y las disparó hacia el cielo. Las voces de los del Vietcong co-

menzaron a alejarse. Cazalet cogió de la mano a su compañera.

—La caballería llega en el último momento, como en las películas. Ya está usted a salvo.

La mano de Jacqueline se cerró en torno a la de Cazalet y ambos corrieron por el arrozal en dirección al lugar en que se había posado uno de los helicópteros.

El Excelsior de Saigón era un hotel que databa de la época colonial francesa y su restaurante, situado en el primer piso, una delicia. Un refugio en el que resultaba posible olvidarse de la guerra. Mantel blancos, servilletas de hilo, cubertería de plata, velas en las mesas. Cazalet aguardaba en el bar. Vestía uniforme tropical, en el que los galones de las medallas ponían una nota de color. El joven sentía un nerviosismo que llevaba años sin experimentar. En su vida había habido mujeres, pero nunca una que lo impresionara hasta el extremo de plantearse la posibilidad de una relación duradera.

Cuando Jacqueline entró en el bar, a Cazalet le dio un vuelco el corazón. La joven vestía un sencillo conjunto blanco bordado con cuentas. Llevaba el pelo recogido con un lazo de terciopelo y apenas se había puesto maquillaje. Lucía un par de pulseras y un anillo de brillantes junto a la alianza. Todo en ella era sobriedad y elegancia. El *maitre* vietnamita se dirigió presuroso hacia ella y en un francés correcto la saludó:

—Es un gran placer, condesa —dijo besándole la mano—. El teniente Cazalet la aguarda en el bar. ¿Desean sentarse ya?

Jacqueline sonrió y saludó con la mano a Jake, quien se aproximó.

—Sí, creo que sí. Tomaremos una botella de Dom Pérignon. Tenemos algo que celebrar.

—¿Puedo preguntarle qué, condesa?

—Sí. Celebramos seguir vivos.

El vietnamita se echó a reír y los condujo hasta una mesa situada en un rincón de la galería exterior. Una vez los dos se hubieron sentado, les dijo:

—Ahora les traen el champán.

—¿Le importa que fume? —le preguntó Jacqueline a Cazalet.

—No, si yo también puedo hacerlo —respondió, y se inclinó sobre la mesa para darle fuego a su compañera al tiempo que le decía—: Está usted fantástica.

Ella se quedó unos momentos muy seria y luego volvió a sonreír.

—Y usted muy atractivo. Hábleme de usted. ¿Es militar de carrera?

—No. Me presenté voluntario para un período de servicio de dos años.

—O sea que está usted aquí por gusto. ¿Cómo fue eso?

—Creo que se debió a la vergüenza. Me libré del reclutamiento porque estaba en la universidad. Luego pasé a la Facultad de Derecho de Harvard. —Se encogió de hombros—. Ocurrieron ciertas cosas que me impulsaron a alistarme.

Llegó un camarero con el champán y los menús. Ella se echó hacia atrás en su silla.

—¿Qué cosas fueron ésas?

Él le explicó el incidente de la cafetería y las consecuencias que tuvo.

—Así que aquí estoy.

—¿Y el muchacho manco?

—¿Teddy Grant? Está bien. Siguiendo sus estudios en la Facultad de Derecho. Lo vi la última vez que estuve en casa de permiso. Ahora, durante las vacaciones, Teddy trabaja para mi padre. Teddy es un chico listo, muy listo.

—¿Su padre es diplomático?

—Más o menos. Es un brillante abogado que en tiempos trabajó para el Departamento de Estado. Ahora es